

## SOBRE "EL LIBRO DE DIOS Y DE LOS HUNGAROS" DE ANTONIO CISNEROS

Abelardo Sánchez León

*El libro de Dios y de los húngaros* de Antonio Cisneros es, desde nuestro punto de vista, un libro particular dentro del desarrollo de su obra poética. Particular en el sentido de haber concentrado, tanto en tema como en técnica, una de sus variadas expresiones que ya había iniciado en sus publicaciones anteriores. Sin conocer en su totalidad sus dos plaquettes primeras, a partir de *Comentarios Reales, Canto Ceremonial contra un Oso Hormiguero, Agua que no has de beber, Como higuera en un Campo de Golf*, Antonio Cisneros se caracteriza por poseer diversas técnicas poéticas y, sobre todo, temas muy variados que, sin el afán de clasificarlos, oscilan entre una preocupación socio-política en relación a nuestra historia o ante hechos de política internacional; su intimidad personal - una visión crítica del matrimonio, el nacimiento de su hijo, la cotidianidad del amor; el descriptivismo del medio urbano y la alegoría de la cultura, ya sea literaria o socio política en términos de hegemonía europea o alienación del Tercer Mundo.

Esta gama de recursos y preocupaciones llevadas a la literatura no pueden ser comprendidas sin un conocimiento tanto de la personalidad creadora como de la formación de Antonio Cisneros. La leyenda en la solapa de su reciente libro lo considera "ante todo un poeta", lo cual es cierto, pero acompañada de una serie de actividades y preocupaciones que no conforman actos adicionales o añadidos: periodista, traductor literario, guionista, a lo cual se añade una sólida formación en ciencias sociales y numerosos viajes al extranjero.

Desde esta perspectiva es un miembro típico y a la vez particular de la generación del 60, que trae al panorama poético nacional una serie de temas y procedimientos literarios que inician un enriquecimiento, una apertura, volcando sobre el tapete lo individual en forma de alegoría y lo vasto y general en situaciones concretas.

Sin embargo, a pesar de esta variedad a la que hemos hecho alusión, la poesía de Cisneros empieza a tener ras-

gos característicos, una óptica de tratamiento, una capacidad de poetizar que podríamos llamar (con temor a la palabra) su estilo de hacer poesía. Desde esta perspectiva es un poeta maduro no por edad - que ese criterio no explica nada sino porque sabe decir lo que quiere decir. Esta situación que no equivale a superar el miedo a la página en blanco y no lleva al facilismo, le ha permitido tener una mayor seguridad en sus propios medios de expresión pero, al mismo tiempo, una mayor responsabilidad frente a su obra.

Este hecho lo ha alejado, sin embargo, de un afán experimental, sin que ello se traduzca en un enfrentamiento de aquello que hasta ahora es vital en su lenguaje. *El libro de Dios y de los húngaros* es, en términos formales, una expresión lograda de su estilo, al cual añade más cuidado y rigor aún, condensando su expresión, acentuando con sobriedad, para dar como producto un libro exigente y, paradójicamente, novedoso.

*El libro de Dios y de los húngaros* no es como sus libros anteriores que poseían una gama plural de temas, divididos en numerosas secciones, donde el lector se recrea en diversos estilos y situaciones (uno de los aportes fundamentales de Cisneros es el procedimiento narrativo del poema, autor de clásicas crónicas - de Chapi, de Lima -),

alternando sus preocupaciones más íntimas, su acontecer concreto aquí o allá, con la presentación rigurosa de acontecimientos históricos o actuales. Su último libro es, más bien, concreto y preciso, vital en un momento de su vida, en una sola dirección: su presencia en una ciudad - Budapest - y el traer a la actualidad un problema para el, que ya no lo es, en un sentido religioso metafísico: Dios.

La presencia de ciudades en las cuales ha vivido Cisneros es una de las características de su poesía, donde resalta (aparte de Lima) Londres, por haber vivido más tiempo y más intensamente. Budapest es ahora el motivo central de sus experiencias con el mismo tono y rasgo con los cuales ha abordado otros contextos urbanos: vividos por dentro, cotidianamente, sin un conciente intento de definir las o explicarlas brillantemente. Sin embargo, este Budapest que nos trasmite Cisneros es un Budapest exclusivamente poético: no es *Medir y pesar las diferencias a este lado del canal*, ni *Hampton Court de Canto ceremonial...* en los cuales hay una distancia u objetividad frente al tema tratado y un afán de esclarecimiento de un mundo que le es ajeno y del cual, sin embargo, participamos.

El Budapest de Cisneros es un Budapest íntimo, solitario, sin descripciones externas ni in-

tenciones explicativas. Es un recorrido personal y subjetivo de una ciudad oscura y nocturna, callada y que ingresa en el poeta por los pequeños detalles. *Cómo nombrarte río si no hay cielo / que corte la frontera de tus aguas.* (Dificultades para nombrar un río en invierno). *La ciudad es una piel de cabra congelada.* (Otras dificultades del invierno).

Para algunos acuciosos lectores de la poesía de Cisneros la presencia de Dios o su problemática como tema literario (y, por lo tanto, obviamente personal) no es una tajante novedad. Empero, queda explicitada sólo en este libro. De ello no sólo se encarga el título sino el poema introductorio y otros poemas en los cuales Dios está a manera de diálogo y presencia, jamás de manera conflictiva o dubitativa. El libro, en ese sentido, no es sino el resultado de una meditación previa y que culmina en la escritura con el convencimiento y felicidad de su existencia. De allí que el libro sea el eco de una paz personal alternándose con una tristeza terrena, incapaz de evitar. Los poemas habitan en una atmósfera calma pero tampoco detalladamente religiosa. No, es más bien, el libro más personal de Cisneros en un contexto que curiosamente le es el más ajeno.

Sería aventurado deducir que Budapest despierta en Cisneros

el tema de Dios al desarrollar una intensa vida interior o por la incapacidad de insertarse realmente en un contexto extraño que incluye hasta el lenguaje. Pero podemos advertir que en el poema introductorio *Domingo en Santa Cristina de Budapest y frutería al lado*, el poeta renace: *Porque fui muerto y soy resucitado / loado sea el nombre del Señor / sea el nombre que sea bajo esta lluvia buena.*

Un poema sumamente bueno, sirve para explicar el tono del libro: *Tranvía nocturno*. En él, por primera vez, Cisneros hace un recuento de cómo se ha sentido o ve, a la distancia, su presencia en diversas ciudades. El fauno real de Niza, la pantera - de Argel - en el Hyde Park, la gárgola alegre del valle de Huamanga, el gorgojo tuerto del Danubio. Allí, en Budapest, carece de rumbos y respuestas. El mundo se torna íntimo y rescata lo importante que le sucede (el nacimiento y partida de su hija, la amistad transita por el silencio y la nada en un café concreto, los borrachos de la noche, sus recuerdos de Lima) junto a otros poemas más impersonales como la historia húngara, la construcción del socialismo, los avatares del partido, que creemos no responden a la vitalidad primordial que es identificarse y vivir allí.

La segunda sección del libro,

en *Román paladino*, nos trae poemas dispersos motivados por hechos circunstanciales: la muerte de Robert Lowell, la amistad con E. A. Wesphalen, con Nicolás Yerovi y Luis La Hoz y el buen trago entre amigos, siempre con esa virtud de narrar lo cotidiano en situaciones espectaculares. El detalle y lo trivial se agranda (la línea del tranvía, por ejemplo, el recurso de Li Po, el taxi) haciendo de cada verso una onda, de cada comparación un ardid logrado. Esto se ve nítidamente en la aparente banalidad del poema *Los helicópteros del Reino del Perú*, en el cual lo rutinario alcanza matices de una

paranoia apocalíptica y los helicópteros la formas de pájaros destructores.

En fin, un poco de lo dicho y mucho más es la poesía de Antonio Cisneros, poesía que engloba siempre su producción anterior, que nunca parte de cero, que parte y cobra fuerza a partir de motivos ya trabajados pero que se abre, lentamente, hacia nuevos tratamientos, en una mezcla de solidificación e iniciar el camino siempre inédito de la poesía.